

LOS TEMPLARIOS EN LAS CRUZADAS



ÍNDICE

Prólogo	2
La Primera Cruzada (1096-1099).....	3
La Segunda Cruzada (1147-1149).....	8
La Tercera Cruzada (1188-1192)	10
La Cuarta Cruzada (1199-1204).....	16
La Quinta Cruzada (1217-1221)	19
La Sexta Cruzada (1227-1229).....	21
La Séptima Cruzada (1248-1254)	24
La Octava Cruzada (1270).....	29

Prólogo

“La mayor diferencia entre Cruzada y yihad es que la primera fue una defensa contra la segunda. Toda la historia de las Cruzadas en Oriente es una respuesta a la agresión musulmana”. (Thomas Madden, historiador estadounidense, 26 de octubre de 2004)

Las cruzadas fueron un poderoso instrumento de disuasión entre dos religiones, que permitió que dos culturas contrapuestas, se acabasen conociendo y respetando. Por ese motivo, hemos considerado importante el papel que jugaron todas las órdenes militares-monacales en la defensa de la *Cristiandad*, tras la conquista de Jerusalén, al concluir la Primera Cruzada.

Pero por encima de todas, hubo una en especial que ha dejado huellas hasta nuestros días, tanto históricas, económicas, como también sociales. Esa organización que acabaría por convertirse en una institución influyente en la política de Occidente, fue la Orden del Temple.

Hemos considerado importante el ofrecer a nuestros lectores del blog *templebarcelona.blogspot.com*, la posibilidad de que conozcan la repercusión que tuvieron los templarios en esa arma que utilizó la Iglesia para poder controlar las agresiones de los musulmanes en la tierra y en los lugares donde vivió y murió el Mesías.

Afortunadamente, muchos son los historiadores que se han atrevido a publicar libros que nos hablan sobre las Cruzadas. Algunos encontramos que son tan especializados tanto en su profundidad, como también en la cantidad de protagonistas, que puede llegar a resultar pesada su lectura.

Para conseguir una lectura amena y donde los protagonistas principales sean los templarios, hemos creado el trabajo “Especial Cruzadas”, seleccionando los textos que hablan sobre ese periodo del libro *Breve historia de la Orden del Temple*, del escritor e historiador español José Luís Corral Lafuente.

Deseamos con satisfacción que este trabajo recopilatorio les sea útil y al mismo tiempo, también agradable.

Barcelona, a 11 de agosto de 2009.



Encomienda de Barcelona

"NON NOBIS DOMINE, NON NOBIS SED NOMINE, TUO DA GLORIAM!"

La Primera Cruzada (1096-1099)

El Papa Urbano II había sucedido, tras el breve pontificado de Víctor III, al gran Gregorio VII, tal vez el más importante de cuantos obispos han ocupado el solio de San Pedro. Imbuido del espíritu reformador que había impregnado la Iglesia, Urbano II se mostró obsesionado con la idea de recuperar Jerusalén y los Santos Lugares para la cristiandad. En marzo de 1095 celebró un concilio en la ciudad italiana de Piacenza donde se preparó el gran concilio de Clermont, celebrado entre los días 18 y 27 de noviembre de ese mismo año de 1095. Durante algunos años el Papa Urbano II había rumiado su plan y, tras recorrer algunas tierras de Francia e Italia, promulgó un llamamiento que iba a condicionar la vida de medio mundo durante los dos siglos siguientes, y tal vez lo siga haciendo.

En las empinadas laderas de Champ-Herm, en las afueras de la ciudad de Clermont, Urbano II, sumo pontífice de la Iglesia católica, en presencia de altas dignidades eclesiásticas, nobles, caballeros y una multitud del “pueblo llano”, pronunció un encendido discurso en el que llamó a todos los cristianos a tomar las armas y a recuperar por la fuerza los Santos Lugares de Oriente.

No se sabe cómo lo dijo, ni cuáles fueron exactamente sus palabras. El resultado de este concilio se conoce por una copia del siglo XII que algunos aseguraron que se había hecho fielmente. Cuatro cronistas aseguran haber sido testigos directos del concilio, y por tanto de las palabras de Urbano II: se trata de Geoffrey de Vendôme, Bandri de Bourgeil, Robert Moine y Foucher de Chartres.

Urbano II estaba emulando en cierto modo el llamamiento a la yihad de los imanes musulmanes. Y siguiendo ese ejemplo, la guerra contra el islam fue anunciada como una guerra santa y los cronistas de la época se hicieron eco de la proclama pontificia. Desde luego, el objetivo primordial fue la conquista y “liberación” de Jerusalén y para ello se postuló la participación de caballeros, expertos en el oficio de la guerra, los únicos que podían garantizar el éxito militar del proyecto, y así se les hizo saber en proclamas como la del cronista Guibert de Nogent.

La llamada de Urbano II tuvo éxito. Durante los dos siglos siguientes, el XII y el XIII, los cruzados, aquellos caballeros que habían cosido sobre sus capas una cruz como señal de compromiso para seguir a Cristo y a su vicario en la tierra, pugnaron con los musulmanes por el dominio de Tierra Santa. En esas dos centurias, emperadores, reyes, nobles, artesanos, comerciantes, aventureros, mercenarios, monjes, indigentes, mujeres, niños, incluso, partieron hacia Oriente imbuidos de diferentes ideales e intereses; unos lo hicieron henchidos de un ideal religioso inflamado por predicadores y visionarios que aseguraban que la muerte luchando por la causa de Dios era el camino más rápido para alcanzar el Paraíso; otros buscaron honor, fama y gloria y con ello el ascenso social que en sus territorios de origen se les negaba por su nacimiento o por su condición, y no pocos procuraron enriquecerse mediante la obtención de un

buen botín, ganando tierras y señoríos o comerciando con los ricos y lujosos productos que se importaban desde el lejano Oriente a través de Palestina y Siria.

Durante doscientos años, Tierra Santa se convirtió en un inmenso campo de combate. En esa vorágine de guerras y batallas, Jerusalén, por el simbolismo que encarnaba su posesión, fue el objetivo más deseado.

Sin embargo, la encendida y apasionada propuesta de Urbano II no resultaba fácil de llevar a cabo. Era necesario reunir tropas, sin duda varios miles de soldados, caballos, carros, impedimenta, y recorrer miles de kilómetros procurando además alimento, estancia y vestido, calzados sobre todo, para tanta gente. Por ello era preciso preparar la cruzada con tiempo.

Claro que algunos exaltados no estaban dispuestos a esperar y decidieron ponerse manos a la obra de inmediato. Así, mientras el Papa Urbano recorría varias ciudades de Francia en demanda de ayuda a su proyecto, Pedro el Ermitaño, un visionario con gran capacidad para arengar a las masas, logró reunir a varios miles de personas, sobre todo pobres desesperados, y se puso en marcha el 8 de marzo de 1096; tras atravesar Europa, llegó a Constantinopla el 1 de agosto. El grupo que encabezaba Pedro el Ermitaño no tenía la menor preparación para la guerra y el 21 de octubre de ese mismo año el ejército turco lo aniquiló en Civetot (Nicea). Los cronistas relatan que esta “cruzada de los pobres” estaba integrada por unas veinte mil personas, de las cuales sólo tres mil sobrevivieron a la matanza.

El desastre de la “cruzada de los pobres” no desanimó a Urbano II, que logró convencer a varios nobles caballeros de las regiones del norte de Francia para que tomaran la cruz y partieran hacia la conquista de Jerusalén.

En los corazones de aquellos primeros cruzados se mezclaban sentimientos diversos. Sin duda, algunos acudían a la llamada del pontífice convencidos de estar protagonizando la mayor gesta en defensa de la cristiandad, pero otros contemplaban la cruzada como la única salida a su situación familiar, especialmente los segundones de los miembros de la pequeña nobleza, condenados, ante la falta de feudos que administrar, a vivir a la sombra de sus hermanos mayores o profesar en un convento, y es evidente que muchos veían en la cruzada una oportunidad para ganar tierras y riqueza y convertirse así en grandes señores.

Por tanto, en los primeros cruzados coexistían el fervor religioso, el deseo de aventuras, la avidez por lograr feudos y fortuna y una sensación de haber sido elegidos por Dios para ser el brazo ejecutor de sus planes en la tierra.

El fervor religioso era imprescindible, y Urbano II supo encenderlo y mantenerlo con extraordinaria habilidad. Entre los actos de la magistral puesta en escena de su predicación a favor de la cruzada, este Papa había rezado en la localidad de Souvigny ante la tumba del abad Mayeuil, quien en el siglo X había sido capturado en su monasterio de los Alpes por una expedición de piratas musulmanes. El mensaje era claro: los musulmanes ya habían llegado en otra ocasión al corazón de Europa, y ahora,

fortalecido el islam con el aporte de los turcos seleúcidas, esa circunstancia podría repetirse. Era necesario tomar la cruz y marchar contra ellos antes de que se presentaran de nuevo en plena cristiandad.

Los caballeros adoptaron la cruz como signo de identificación y la cosieron sobre los hombros de sus capas; y se convirtieron así en los *crucesignati*, los marcados por la cruz, los cruzados.

En la primavera de 1096 la actividad en varias regiones del norte y del sur de Francia fue frenética; decenas de mensajeros recorrieron ciudades y aldeas reclutando hombres y recabando ayuda y dinero para la cruzada. A lo largo de varias semanas, miles de hombres se fueron concentrando en los lugares previstos y se pusieron en marcha hacia Oriente.

Los principales nobles que encabezaron a los cruzados fueron Raimundo de Saint-Guilles, conde de Toulouse –“el primero en tomar la cruz”-, Godofredo de Bouillon, duque de la Baja Lorena, Roberto de Flandes, duque de Normandía e hijo del rey de Inglaterra Guillermo el Conquistador, Bohemundo y Tancredo de Tarento, Estaban de Blois y Hugo de Vermandois, hermano del rey Felipe I de Francia. Varios de ellos eran individuos de sangre real, pero entre los cruzados no había ningún rey. Esta circunstancia dejaba la cruzada huérfana de un jefe indiscutible, y además el Papa no había designado a ninguno de ellos como el caudillo del ejército cruzado –se limitó a nombrar al obispo Ademar de Le Puy como su legado y guía espiritual en la expedición-, de modo que la cuestión del liderazgo debería de resolverse entre ellos. Ademar murió poco antes de la conquista de Jerusalén.

Desde varios puntos, los cruzados se pusieron en marcha y fueron llegando al Oriente mediterráneo entre fines de 1096 y los primeros meses de 1097. Unas cien mil personas acamparon a las afueras de Constantinopla, y entre ellas al menos cincuenta mil eran combatientes. El emperador Alejo I temió lo que se le venía encima e hizo cuanto pudo para que aquella marea humana, que ya había causado numerosas tropelías durante su viaje, abandonara sus tierras cuanto antes.

El ejército cruzado se puso en marcha hacia el sur, rumbo a Jerusalén. En junio los turcos fueron derrotados por los cruzados y entregaron la ciudad de Nicea. El ejército cristiano se dirigió entonces a Jerusalén, pero para llegar hasta la Ciudad Santa era imprescindible conquistar algunas fortalezas que aseguraran la retaguardia. La más importante de cuantas había en la ruta terrestre entre Constantinopla y Jerusalén era Antioquía, ante cuyas imponentes murallas se presentaron el 21 de octubre de 1097. Mientras un cuerpo de ejército avanzaba hacia la ciudad de Edesa, a un centenar de kilómetros al noreste, otro sitió Antioquía hasta su conquista siete meses después, en junio de 1098. A finales de ese año todo el noroeste de Siria estaba bajo control de los cruzados; el camino hacia Jerusalén desde el norte estaba abierto y asegurado, pero los enfrentamientos entre los príncipes cristianos –en cuyas filas ya había habido algunas deserciones- comenzaron a manifestarse, incluso de manera violenta.

Mientras los jefes cristianos planeaban en Antioquía la conquista de Jerusalén, estudiando las tácticas descritas por el general romano Vegetio Renato en su tratado *De re militaris*, los fatimíes de Egipto conquistaron la Ciudad Santa a los turcos. Esta acción fue beneficiosa para los cruzados, que observaron con agrado el enfrentamiento que se había producido entre los propios musulmanes y el caos que se vivía en la zona. El ejército cristiano, dirigido ahora por Godofredo de Bouillon, se presentó ante las murallas de Jerusalén el 7 de julio de 1099.

La vista que se ofrecía a los ojos de aquellas gentes que habían atravesado Europa y Asia Menor era la de una ciudad pequeña en la que destacaba por encima de todo una maravillosa construcción, la mezquita de la Roca, construida en la gran explanada que en otro tiempo ocupara el mítico Templo del rey Salomón.

Jerusalén no disponía de defensas poderosas, de manera que Godofredo ordenó un ataque inmediato. Durante una semana varias máquinas arrojaron todo tipo de proyectiles sobre los muros y las casas de los sitiados. Los cruzados habían construido torres de asalto, ballestas y catapultas y lanzaron un ataque combinado y brutal el 15 de julio, que corresponde al viernes 22 del mes de shaban del año 492 de la Hégira en el calendario musulmán. Ni las murallas ni los defensores musulmanes estaban preparados para repeler semejante asalto y los soldados de la cruz conquistaron la ciudad al primer envite.

La matanza que siguió fue terrible. Tanto los cronistas árabes como los cristianos coinciden en señalar que todos los musulmanes fueron muertos y que no quedó una sola persona viva en la ciudad: “La sangre corría por las calles y en algunos sitios llegaba hasta la altura de las rodillas”, se lee en una de esas crónicas. Los judíos, que se habían refugiado en una sinagoga, también murieron, quemados dentro del edificio.

Los conquistadores se dedicaron a la matanza y al saqueo; después de tres días de vorágine de sangre y rapiña, se ofreció a Godofredo de Bouillon la corona y el título de “rey de Jerusalén”. Pero el duque de la Baja Lorena renunció a semejante honor. Alegó que no era digno de portar una corona de oro en la ciudad donde Jesucristo había sufrido la pasión con una corona de espinas, o al menos así recogen los cronistas su renuncia. Godofredo se limitó a adoptar el título de *Advocatus Sancti Sepulcri*, “protector del Santo Sepulcro”. Es probable que pesara sobre su cabeza una profecía muy conocida en ese tiempo en la que se aseguraba que cuando hubiera un rey cristiano en Jerusalén, ése sería el signo del inicio del fin de los tiempos. Godofredo murió al año siguiente y enseguida pasó a formar parte del imaginario legendario de la cristiandad, en el que sería reconocido como uno de sus tres grandes héroes, al lado del rey Arturo y del emperador Carlomagno; le sucedió su hermano Balduino, quien no tuvo el menor inconveniente en ser coronado como primer rey de Jerusalén.

Conquistadas Jerusalén, Antioquía y Edesa, y desorientados los turcos y los egipcios ante la avalancha de los cruzados, fueron cayendo en manos cristianas otras ciudades y plazas fuertes de Tierra Santa; entre 1102 y 1109 cayeron Tortosa, Tiro y Sidón. En 1112 los cruzados dominaban una alargada franja que se extendía desde el norte de Siria

hasta el mar Muerto, el río Jordán, los altos del Golán y el curso alto del río Éufrates; media Siria, Líbano y Palestina volvían a ser cristianas cuatrocientos setenta y cinco años después de la conquista árabe.

La Primera Cruzada había sido todo un éxito. Se fundaron cuatro Estados Latinos: el condado de Edesa, el de Trípoli, el principado de Antioquía y el reino de Jerusalén; además, la conquista de Tierra Santa se revistió de hallazgos maravillosos. En Antioquía un peregrino llamado Pedro Bartolomeo anunció que había tenido una revelación en la que se le indicaba que excavaran en un lugar determinado de la iglesia de San Pedro; así se hizo, y para asombro de todos apareció allí una lanza que enseguida se identificó con la empleada por el soldado romano Longinos para herir el costado de Cristo en la cruz. De inmediato la Santa Lanza se convirtió en una de las reliquias más preciadas de la cristiandad. Y en este descubrimiento de reliquias de la Pasión, las más apreciadas y valoradas, Jerusalén no podía ser menos: el 5 de agosto de 1099, apenas transcurridas tres semanas de la conquista, se anunció que había sido hallada ni más ni menos que la Vera Cruz.

No sólo se recuperaban Jerusalén y el resto de los Santos Lugares por los que vivió y predicó Jesús, sino también sus reliquias más preciadas, aquellas que habían estado presentes en la Pasión y que habían estado en contacto con el cuerpo y con la sangre de Cristo: la Vera Cruz, la Sábana Santa, la Santa Lanza, La Corona de Espinas...Y se identificaron lugares bíblicos como la casa de Simeón con el lecho de la Virgen, una iglesia en el solar de la casa de los padres de María, el aljibe donde José y María encontraron a Jesús en Jerusalén...¿Qué más se podía pedir?

La guerra santa de la que ya hablara san Agustín y que se proyectó en la cruzada tenía ahora pleno sentido, los sacrificios y la muerte de miles de peregrinos y cruzados quedaban completamente justificados, no en vano para muchos de ellos la muerte en el viaje a Jerusalén era una muerte santa y el deseo de morir en la ciudad donde fue ejecutado Jesucristo se vería recompensado con estar a su derecha en el momento de la resurrección.

Pero este triunfo significaba algo más, sobretodo para la Iglesia. Con la aceptación de los valores del guerrero y la ratificación de que con las armas también se servía a Dios, el papado abrió las puertas para justificarse como un gran poder feudal; ya lo era, desde luego, a fines del siglo XI, pero estas nuevas circunstancias parecían ratificar la necesidad de hacer de la Santa Sede también un poder temporal fuerte.

La cruzada –a la que los documentos y crónicas de la época nunca denominan con este término sino con los de *passagium generale*, *iter*, *expeditio crucis* o *peregrinatio*- fue también una formidable ocasión para hacer negocios. Ya en la Primera Cruzada, mercaderes venecianos y genoveses lograron grandes beneficios con el transporte de peregrinos y cruzados, lo que los colocó en una situación inmejorable que supieron aprovechar para instalar sus factorías y consulados comerciales en diversos puertos del Mediterráneo oriental, pero además se abrieron nuevas rutas y nuevas posibilidades de

comercio entre Oriente y Occidente, de las que fueron precisamente los mercaderes italianos los más beneficiados.

El impacto del triunfo de la Primera Cruzada fue especialmente atractivo para los reinos cristianos de la península Ibérica, que a fines del siglo XI ya habían logrado dar la vuelta a la situación y estaban en condiciones no sólo de plantar cara al islam andalusí sino de superarlo claramente en el campo de batalla.

El rey Pedro I de Aragón manifestó su deseo de acudir a la defensa de Tierra Santa en cuanto tuvo noticia de la conquista de Jerusalén; este soberano compensó entre tanto su ímpetu de cruzada con un ataque a la ciudad de Zaragoza y un discreto asedio en 1101, fruto del cual fue la fortificación de un castillo frente a la misma al que llamó Juslivol, es decir Deus lo vol, el grito de guerra con el que los cristianos habían tomado la cruz en Clermont en noviembre de 1095.

Su hermano y sucesor, Alfonso I el Batallador, conquistó Zaragoza en diciembre de 1118, justo unos meses después de que un concilio celebrado en Toulouse otorgara a la campaña contra Zaragoza la categoría de cruzada. Y en verdad que lo fue, pues personajes como el conde Gastón de Bearn, que participó en la toma de Jerusalén, y el conde Guillermo IX de Aquitania formaron parte del grupo de caballeros que entró victorioso junto al rey de Aragón en la ciudad del Ebro.

Gracias a los éxitos en Tierra Santa, el espíritu de la cruzada ganó adeptos y espacios en toda la cristiandad.

La Segunda Cruzada (1147-1149)

El 24 de diciembre de 1144 Zangi Imad ad-Din, poderoso musulmán de la importante ciudad de Alepo, conquistó Edesa, una de las ciudades ocupadas en *la Primera Cruzada* por los cristianos y capital de uno de los cuatro primeros Estados latinos. La matanza que siguió a la conquista fue terrible.

La noticia llegó a Europa enseguida y causó una tremenda conmoción; en Edesa se había encontrado la Sábana Santa, una de las grandes reliquias de la cristiandad. Hasta entonces, y a pesar de alguna sonada derrota (como la fracasada expedición de Balduino II a Damasco en 1129), los cruzados habían mantenido sus posiciones en Tierra Santa e incluso habían incorporado algunas posesiones a las logradas en los primeros momentos, pero la pérdida de Edesa era el primer gran retroceso.

En Europa sonó con fuerza la voz de alarma y tomó cartas en el asunto quien seguía siendo el intelectual más influyente de la Iglesia, ya rodeado de un halo de santidad: Bernardo de Claraval. El abad del Císter tenía unos cincuenta y seis años, pero conservaba toda la fuerza y el prestigio del vital fundador de monasterios y del brillante teólogo. El 31 de marzo de 1146, en la santa iglesia de la Magdalena de Vézelay, Bernardo de Claraval, en presencia del rey Luís VII y de su esposa Leonor de Aquitania, convocó la Segunda Cruzada ante la multitud allí reunida.

La retórica de Bernardo causó un efecto inmediato en el rey de Francia, que decidió acudir en persona a la defensa de Tierra Santa. El ejemplo del soberano cundió y Conrado III, el emperador de Alemania, también se sumó al viaje.

Los cruzados partieron rumbo a Oriente en 1147, el mismo año en el que, en presencia de ciento treinta templarios, el Papa Eugenio III inauguraba la casa del Temple en París, y durante casi dos años combatieron contra los musulmanes sin lograr ningún éxito notable. En esa fecha hacía ya dieciocho años que los templarios luchaban en los campos de batalla contra los musulmanes, desde su bautismo de fuego en Damasco en 1129. Pero las desavenencias no tardaron en estallar entre los cruzados; así, mientras Conrado III odiaba a los templarios, Luís VII comprendió enseguida el gran valor, la disciplina y el conocimiento del medio de los caballeros y les pidió que dirigieran e instruyeran a su ejército. Un templario llamado Gilberto fue el encargado por el mismo rey de la instrucción de los soldados franceses desplazados a la Segunda Cruzada. A pesar del fiasco con el que acabó esta empresa, los templarios destacaron en el combate, especialmente bajo la dirección de su tercer maestre, Everardo de Barres (un caballero natural de la ciudad francesa de Meaux que ocupaba el puesto de preceptor de la provincia templaria de Francia), que fue elegido para el cargo poco después de que, el 13 de enero de 1147, falleciera Roberto de Craon.

Everardo dirigió la milicia templaria durante cuatro años y fue muy reputado por su gran valor en el combate y por su profundas creencias religiosas. Probablemente fue quien confirió a los templarios una verdadera organización militar y una disciplina de acción en la batalla. Tras tomar posesión de su cargo, se desplazó a Europa en busca de fondos y de caballeros para cubrir las cada vez mayores necesidades de la Orden.

Sin embargo de nada sirvieron tantos esfuerzos, Luís VII fue perdiendo el interés y el entusiasmo iniciales por la cruzada, debido en parte al fracaso militar y político y en buena medida también porque circulaban rumores de que su bella esposa, lo estaba engañando con su propio tío, el altivo Raimundo de Antioquía, sólo unos años mayor que su sobrina. Celoso y confundido, decidió acabar con la expedición y regresar a Francia sin haber logrado ningún resultado.

El fracaso de la Segunda Cruzada fue un golpe demasiado duro, sobre todo para Bernardo, que se había comprometido personalmente con esta empresa y que había sido el principal propagandista de la misma. El argumento empleado una y otra vez por los papas desde Urbano II y por los intelectuales de la Iglesia para defender la necesidad de acudir a la cruzada era que Dios estaba con los cristianos y que todos debían de cumplir con la misión de recuperar Tierra Santa para la Cristiandad. Hasta 1149 las cosas no habían ido mal: casi toda Tierra Santa estaba en manos cristianas, en Jerusalén se alzaba la cruz por encima de sus murallas y el sepulcro del Señor podía ser visitado por los peregrinos sin ser humillados por los musulmanes. Pero la retirada de los reyes cruzados en 1149 cambió la percepción de las cosas.

El desinterés por la Segunda Cruzada, mostrado por los reyes que la encabezaban, hicieron que el ejército cristiano fuese derrotado. Bernardo de Claraval se mostró

descorazonado, pero enseguida se sobrepuso al revés y, en 1150, durante una visita a la ciudad de Chartres, manifestó su deseo de predicar una nueva cruzada, ponerse personalmente al frente y dirigirla él mismo. No pudo ser; Bernardo, al que muy pronto la Iglesia proclamaría santo, murió antes de poder convocarla.

La Tercera Cruzada (1188-1192)

Si la pérdida de Edesa provocó una gran conmoción en Europa y movilizó a Luis VII de Francia y a Conrado III de Alemania, la de Jerusalén supuso el mayor cataclismo para la cristiandad desde la aparición del islam. En ese momento era Papa Urbano III, contra quien estaba luchando el emperador Federico I Barbarroja. Abrumado y desesperado por el impacto de las noticias que llegaban de Tierra Santa, Urbano III falleció apenas una semana después de saber que Jerusalén ya no era cristiana; hubo quien aseguró que el Papa había muerto de pena.

Gregorio VIII, elegido pontífice inmediatamente, envió una carta fechada el 29 de octubre del mismo año 1187 a los monarcas cristianos conminándoles a unirse para una nueva cruzada a cambio de notables indulgencias, a la vez que les pedía que resolvieran las querellas entre ellos y se centrasen en la lucha contra el enemigo común: los musulmanes. Pero Gregorio VIII, que había sido entronizado el 20 de octubre de ese año, falleció el 15 de diciembre; su pontificado no duró ni siquiera dos meses. Aun así, el llamamiento a la cruzada ya estaba en marcha. A fines del siglo XII los ímpetus de los primeros años de las Cruzadas se habían desvanecido. Entre los cristianos de Tierra Santa y los de Occidente se había abierto una brecha demasiado amplia. En territorio cruzado vivían cristianos que ya habían nacido en él y no quedaba vivo ninguno de los pioneros.

Con la pérdida de Jerusalén y de la mayoría de las ciudades de Palestina y Líbano, los templarios perdían buena parte de su razón de ser, y su papel en la Iglesia comenzó a ponerse en entredicho. Antes incluso de la caída de la Ciudad Santa en manos de Saladino, algunos clérigos habían criticado la actitud de los templarios, sobre todo su afán desmesurado de riquezas, su orgullo y altivez. Como ocurriera en Europa hacia 1140, también en Tierra Santa surgieron voces que cuestionaron a la Orden del Temple. Guillermo de Tiro, nacido en Jerusalén hacia 1130 fue también uno de ellos.

Está claro que ni siquiera en Tierra Santa los templarios despertaban unanimidad a la hora de ser considerados como los principales defensores de la Cristiandad.

Sin embargo, a finales de 1187 esa cuestión no era precisamente la más importante. La llamada del Papa para una nueva cruzada fue bien acogida en Europa. Los reyes de Francia e Inglaterra y el emperador de Alemania reaccionaron con presteza y decidieron unir sus esfuerzos para recuperar Jerusalén. Desde luego, los enfrentamientos entre los monarcas cristianos, entre el emperador de Alemania y el papado; y entre genoveses y pisanos, resultaban una fuente constante de escándalos que una nueva cruzada podía contribuir a calmar.

Por su parte, la moral de los templarios no estaba precisamente en su mejor momento. Su décimo maestre, Gérard de Ridefort, estaba preso. Su sede fundacional en Jerusalén, que además les había dado nombre, estaba perdida y destruida. Saladino, además, les había arrebatado los castillos de Baghras y Darbsaq, juntamente con la fortaleza de Safed, que había sido considerada como inexpugnable. La realidad les había demostrado que ellos solos no podían siquiera mantener Tierra Santa en manos de los cristianos. Su orgullo quedó muy resentido.

Tras el desconcierto que siguió al desastre de 1187, los templarios procuraron reorganizarse. El hermano Terricus, que había sido preceptor del Temple en Jerusalén, se había hecho cargo de la dirección de la Orden en ausencia del maestre Ridefort. Terricus, olvidándose del legendario orgullo templario, pidió ayuda a los reinos cristianos y procuró acordar con Saladino la liberación del maestre. Por estar prohibido pagar rescate alguno para liberar a un templario de prisión, se negoció la libertad del maestre a cambio de Gaza. Los templarios que custodiaron esta ciudad costera debieron de sorprenderse mucho cuando oyeron al maestre ordenarles que se rindieran y entregasen sin luchar la ciudad a Saladino. Los caballeros obedecieron y Gaza pasó sin que se derramara una gota de sangre a poder del sultán, quien cumplió su palabra y soltó a Ridefort.

Una vez libre, Gérard de Ridefort, que tanto daño había causado por su insensatez y su afán de guerra, volvió a dirigir el Temple tras su captura en los Cuernos de Hattin. Y si antes de la prisión su actitud había sido muy belicosa, ahora lo sería mucho más. En cuanto fue liberado, se puso al frente de los templarios y volvió a inmiscuirse en los asuntos políticos.

En el verano de 1188 también fue liberado el rey Guido, tras un año de cautiverio en Damasco. Saladino estaba seguro de que los cristianos volverían a enfrentarse entre ellos y que la presencia de Guido sería un factor más para la confusión.

Durante ese mismo año la Cristiandad se movilizó como nunca antes lo había hecho para la Tercera Cruzada. Felipe II de Francia, Ricardo I de Inglaterra y Federico I de Alemania, los tres soberanos más poderosos de Occidente, tomaron la cruz y decidieron ir en persona a la cruzada. Durante todo un año se realizaron los preparativos para llevar a cabo una empresa de semejante envergadura. El emperador de Alemania congregó a varias decenas de miles de hombres, hasta cien mil según algunos cronistas, con el propósito de trasladarse por vía terrestre atravesando Europa hacia Constantinopla, para desde allí, siguiendo la ruta de la Primera Cruzada, llegar hasta Jerusalén. Felipe Augusto y Ricardo Corazón de León lo harían por mar, desde las costas del sur de Francia y desde Sicilia. La idea principal era realizar un ataque combinado y planificado, pero no se decidió que hubiera un mando unificado.

A comienzos de 1189 empezaron a llegar importantes contingentes de cruzados a las costas de Tierra Santa; eran la avanzadilla de la Tercera Cruzada, que se adelantaban a la llegada de los tres soberanos. Guido había logrado recuperar el mando del ejército y decidió, junto con el maestre Ridefort, que la conquista de la ciudad de Acre sería el

primer paso para reconquistar los territorios perdidos en 1187, pues su posesión era crucial para lanzar una contraofensiva contra Jerusalén.

El maestre Ridefort estaba tremendamente excitado; era consciente de que con su actitud irreflexiva y su torpeza táctica había conducido a su orden al borde de la desaparición, y es probable que se sintiera culpable de la pérdida de Jerusalén. Con su cautiverio y su puesta en libertad a cambio de Gaza había perdido el poco prestigio que le quedaba. Su mente no estaba en condiciones de pensar con claridad y quería resarcirse de las derrotas y de los errores anteriores.

En agosto de 1189 un nutrido ejército cristiano, en el que formaban los templarios, sitió Acre. Saladino envió tropas para rechazarlos, pero los cristianos resistieron. En septiembre apareció el propio sultán con más contingentes. El 4 de octubre se libró en las afueras de Acre una batalla entre ambos bandos; los cristianos no conseguían rechazar a los musulmanes y éstos no lograban desbaratar el cerco, por lo que, tras varias horas de lucha, el resultado de la pelea quedó en tablas.

Gérard de Ridefort, totalmente desquiciado y loco, se negó a abandonar el campo de batalla. La escena que presenciaron ambos bandos fue esperpéntica. Completamente solo, en medio del campo, Ridefort blandía su espada amenazando al ejército musulmán, mientras todos los demás cristianos se habían retirado a sus posesiones defensivas. Ni uno solo de los templarios se había quedado al lado de su maestre, quien desafió a los musulmanes a combatir. Durante un buen rato los hombres de Saladino contemplaron con asombro a aquel personaje gritando como un poseso y amenazándolos con su espada. Cansados de sus diatribas y bravatas, lo capturaron con facilidad. En esta segunda ocasión Saladino no se molestó lo más mínimo y ordenó la ejecución del maestre.

Nadie debió de sentir la menor pena por ello; los templarios respiraron al fin por haberse librado de un jefe tan obcecado. Las acciones de Ridefort los habían conducido a una situación extrema, sin duda la peor que hasta entonces había atravesado la Orden. Cuanto hizo Ridefort acabó manchado a todos los templarios; tanto que cuando, a principios del siglo XIV, se disuelve el Temple todavía se recordarán las infamias cometidas por este maestre, que se aducirán en el memorial de agravios de la Orden.

Federico I Barbarroja hizo votos solemnes, aparcó su enfrentamiento con el papado y en mayo de 1189 se puso en marcha hacia Oriente. El impetuoso emperador germano obtuvo algunas victorias en Asia Menor y avanzó hasta Cilicia, cerca ya de las fronteras de Siria, pero un acontecimiento inesperado dio al traste con la cruzada de los alemanes. En el Selef, un riachuelo de escaso caudal, el emperador se ahogó el 10 de julio de 1190; nadie vio lo que pudo sucederle, porque se había separado de sus hombres para acercarse solo al río.

El efecto de su muerte fue fulminante sobre los cruzados alemanes; unos regresaron a sus casas y otros continuaron de manera descoordinada hacia el sur para integrarse en

el ejército cruzado o buscar como mercenarios la fortuna que habían venido persiguiendo.

Pese a semejante revés –se había perdido la mitad de la fuerza armada de la Tercera Cruzada-, Felipe II y Ricardo I decidieron seguir adelante. Participaron juntos en una ceremonia religiosa en Vézelay, donde Bernardo de Claraval había llamado a la Segunda Cruzada, y partieron hacia Tierra Santa.

Ricardo Corazón de León se detuvo algún tiempo en Sicilia; allí pactó con los templarios para que éstos velaran por sus intereses. Ahí comenzó la relación amistosa entre el Temple y el rey de Inglaterra, que se mantendría hasta la muerte de Ricardo.

Desde Sicilia el rey inglés llegó a Chipre. Sin apenas esfuerzo conquistó esta isla, pero la vendió enseguida a los templarios por cuarenta mil monedas de oro. El Temple podía haber hecho de esta isla el solar de un Estado propio, como los hospitalarios en Rodas o en Malta más tarde, pero no supieron ni siquiera gobernar el territorio. Su orgullo, pese a lo que les había sucedido en los últimos años, seguía siendo enorme y su arrogancia les llevaba a tomar cuanto deseaban sin tener en cuenta la población indígena, que no tardó apenas nada en enemistarse con sus nuevos señores hasta estallar una abierta rebelión. Acosados por los chipriotas, los caballeros que habían tomado posesión de la isla se refugiaron en un castillo bajo la dirección del hermano Bouchart, el jefe templario de Chipre. Agrupados en la fortaleza, realizaron una salida y perpetraron una gran matanza entre la población. La situación del Temple en Chipre era insostenible y la única solución era abandonar la isla. Por mediación de Ricardo, el Temple alcanzó un acuerdo económico con el rey Guido de Lusignan, que les compró Chipre. Los Lusignan gobernarían este reino durante los siguientes trescientos años.

Mientras Ricardo I y Felipe II viajaban hacia Tierra Santa, el Temple había perdido a su maestro y no se había reunido el Capítulo General para elegir a su sucesor. A comienzos de 1191, casi año y medio después de la muerte de Ridefort, seguían sin maestro. El provenzal Gilbert Erail, que ya estuviera a punto de ser elegido, era el principal candidato, pero los caballeros decidieron optar por Robert de Sablé, caballero de Maine, que estaba viudo y tenía hijos, pero la razón principal era que lo recomendaba Ricardo Corazón de León, de quien era pariente lejano. Se alteraba así una tradición no escrita por la cual solía ser elegido como maestro un caballero que había pasado la mayor parte de su vida en la Orden.

Los templarios seguían ocupados en sus asuntos de Chipre y en el cerco de Acre, y sus encomiendas en Europa no cesaban de enviar recursos económicos y hombres para hacer frente a sus necesidades. Decenas de caballeros, centenares de caballos y miles de libras fluyeron en los últimos meses de 1189 y a principios de 1190 hacia las fortalezas templarias en Tierra Santa. La Orden había atravesado sus peores momentos e incluso se había sorprendido a uno de los hermanos, el caballero Gilbert de Hoxton, robando el dinero recaudado para la cruzada, pero la situación más grave parecía ya superada.

Además, la llegada de Ricardo I y de Felipe II constituyó un motivo de esperanza; eran pocos los que dudaban que Saladino no podría resistir a la fuerza combinada de estos dos soberanos, conocidos con los apelativos de Corazón de León y de Augusto respectivamente.

El maestre Sablé ordenó a los templarios que redoblaran sus esfuerzos ante Acre: los dos reyes cristianos llegaron ante la ciudad, sitiada desde hacía casi dos años, mediado 1191. La acumulación de tropas ante Acre fue tal que la ciudad se rindió el 11 de julio de ese mismo año. Ricardo eliminó a todos los musulmanes y Saladino respondió negándose a entregar la Vera Cruz, que reclamaban los cristianos. El éxito pudo haber calmado los ánimos entre los cristianos, pero se despertaron demasiados celos entre los caudillos. Felipe de Francia, enfermo y sin ganas de seguir adelante, consideró que había cumplido sus votos de cruzado y a los pocos días de la conquista de Acre retiró sus tropas, las embarcó en el puerto de Tiro y regresó a Francia. Apenas había comenzado la cruzada y de los tres soberanos que la iniciaron uno había muerto, otro la había abandonado y el tercero dudaba entre marcharse o seguir adelante en solitario.

No obstante, la euforia se extendió por el bando cristiano y algunos creyeron que la reconquista de Jerusalén estaba próxima. Pero, en contra de lo que suponían, Ricardo no se dirigió hacia Jerusalén. Aliado con los templarios, con los que tenía una concordancia absoluta y con los que participaría en todas las batallas, avanzó por la costa en dirección sur, hacia Jaffa. El 20 de agosto Ricardo cometió un acto deshonesto; en Ayyadiah asesinó indiscriminadamente a una multitud de cautivos musulmanes, muchos de ellos capturados en Acre, entre los que había mujeres y niños.

Saladino se indignó y fue contra Ricardo. Se enfrentaron el 7 de septiembre de 1191 en Arsuf; venció el rey de Inglaterra, que cabalgaba siempre al lado de sus aliados templarios. La ruta hacia Jerusalén parecía abierta, pero el invierno se echó encima con frío y lluvias torrenciales, y además las noticias que llegaban de Inglaterra no eran nada halagüeñas. De vez en cuando se recibían mensajes sobre la actitud del príncipe Juan, el hermano menor de Ricardo, y de sus ambiciones de ocupar el trono del ausente.

Ricardo comenzó a sentirse incómodo. Saladino era un rival formidable y su reino quedaba demasiado lejos de allí. Él era un guerrero, pero probablemente echara también de menos las cortes de amor de Aquitania y la vida caballeresca en la que lo había iniciado su madre, la reina Leonor.

Por fin, pasado el invierno, Ricardo decidió arremeter contra Jerusalén. Las dos grandes fuerzas estaban muy parejas y hubo entrevistas secretas y propuestas de pactos por ambas partes durante toda la primavera de 1192, Saladino estaba seguro de que Ricardo acabaría intentando ocupar Jerusalén. Entretanto, Ricardo consiguió reorganizar los territorios cristianos, absolutamente desvertebrados desde 1187. Logró convencer al rey Guido de Lusignan para que renunciara a la corona de Jerusalén y se convirtiera en rey de Chipre al comprar la isla a los templarios; el nuevo monarca, Conrado de Montserrat, fue asesinado por un miembro de la secta de los "Asesinos", y

la corona pasó entonces al noble Enrique de Champaña, sobrino de Ricardo, a quien casaron con la princesa Isabel, viuda de Conrado.

Resuelto el problema de la sucesión en Chipre y en el reino de Jerusalén, el rey de Inglaterra avanzó hacia la Ciudad Santa, acampando a unos veinte kilómetros de allí a finales de la primavera de 1192. Una tradición relata que llegó a taparse los ojos con su escudo al ver a lo lejos el resplandor de sus tejados. Jerusalén estaba al alcance de su mano, apenas a dos horas de marcha a caballo, pero Saladino cortó el acceso al agua y, ante la duda, Ricardo se retiró a la costa. Hubo varias escaramuzas durante todo el verano hasta que ambas partes comprendieron que la derrota del adversario iba a ser muy difícil, por lo que decidieron negociar. Saladino y Ricardo llegaron a un acuerdo en Jaffa en septiembre de 1192, y pactaron una tregua de cinco años, de la que los templarios serían garantes por el lado cristiano. El rey de Inglaterra, cada vez más preocupado por la ambición de su hermano Juan, que se estaba convirtiendo en el verdadero soberano de su reino, declaró solemnemente que deseaba regresar a su tierra. El orgulloso soldado no había visto a Saladino en persona ni había puesto un pie en Jerusalén, pero sus acciones, gracias a una eficaz campaña de propaganda mediante canciones y poemas, lo convirtieron en un rey de leyenda, en el gran caballero de la cristiandad.

Los templarios habían estado a punto de regresar a su solar del Templo, de donde salieron en 1187. Cuando Ricardo decidió volver a Inglaterra, el maestre del Temple le proporcionó una escolta formada por cuatro caballeros de la Orden y le entregaron al rey inglés un hábito de caballero para camuflarlo entre ellos. Ricardo partió de Acre el 9 de noviembre de 1192, y su regreso fue muy accidentado; al pasar por Austria fue identificado, capturado y preso en un castillo durante casi dos años. Su madre, la reina Leonor, tuvo que hacer un gran esfuerzo hasta que logró reunir el dinero suficiente para comprar su libertad. Corazón de León fue liberado en febrero de 1194.

El maestre Robert Sablé había ayudado y aconsejado a Ricardo Corazón de León en todo cuanto pudo, no en vano había logrado el puesto gracias a su recomendación. El rey de Inglaterra había sido el gran valedor de los templarios en unas circunstancias bien difíciles para los caballeros de la cruz, y nunca dejaron de agradecerle su apoyo.

Tras la conquista de Acre y la venta de Chipre, el Temple ubicó allí su sede principal, en un enorme edificio conocido precisamente con ese nombre, "El Temple". Robert Sablé murió el 13 de enero de 1193, el mismo año que Saladino, y poco después, a comienzos de 1194, fue elegido, al fin, Gilbert de Erail, el provenzal cuya candidatura había estado encima de la mesa del Consejo desde hacía varios años.

La Tercera Cruzada logró recuperar algunas plazas costeras, como Acre, pero fracasó en el gran objetivo que se había planteado en 1188: la reconquista de Jerusalén. La muerte de Saladino vino a dar un respiro a los cristianos, sobre todo cuando su imperio se desmembró entre sus tres hijos, que gobernaron Alepo, Damasco y Egipto. Ante esta circunstancia, muy pronto el ejército cristiano, se animaría en volver a intentar recuperar la Ciudad Santa.

La Cuarta Cruzada (1199-1204)

Mientras en Oriente los templarios se rehacían del desastre y reorganizaban sus fuerzas a partir de la recomposición del mapa político que se produjo en 1191 en plena Tercera Cruzada, en Occidente las cosas les iban bastante mejor. Sus posesiones habían alcanzado un volumen extraordinario, disponían ya de miles de encomiendas y las rentas que generaban eran capaces de suministrar dinero y caballeros de refresco para mantener su presencia en Tierra Santa.

Todavía poseían castillos y fortalezas en la costa de Palestina, del Líbano y en el norte de Siria, su organización se había restablecido y la llegada de caballeros noveles procedentes de las encomiendas de Europa había suplido las enormes pérdidas sufridas en la guerra contra Saladino.

A finales del siglo XII el Temple parecía renacer de los tiempos oscuros en los que lo había sumido la vorágine de Gerardo de Ridefort, Gilberto de Érail era un hombre eficaz y cumplidor, fiel a la Orden y a su regla, muy distinto del aventurero sin escrúpulos que había sido Ridefort. Era el maestre que en esos momentos necesitaban los templarios, un hombre serio y tranquilo capaz de transmitir sosiego a sus hermanos.

El 8 de enero de 1198, tras varios papados de corta duración y un tanto provisionales, fue elegido Papa Inocencio III, uno de los personajes más influyentes en la historia de la Iglesia. Era un hombre muy preparado en gestiones políticas. Una de sus primeras decisiones fue convocar a los reyes de Europa a una nueva cruzada, la Cuarta. Estaba dispuesto a gobernar la Iglesia con mano firme y en esa opción no quedaban al margen los templarios, a los que los papas, cosa que no habían hecho hasta 1196, comenzaron a amonestar.

En 1199 publicó la bula *Insolentia Templaiourum*. La máxima autoridad de la Iglesia y el único hombre que estaba por encima del maestre en la Orden criticaba con cierta dureza algunas actitudes que hasta entonces habían mantenido los templarios y les pedía que, siguiendo el mandato evangélico, actuaran con mayor humildad. Además, dictó una orden mediante la cual los obispos quedaban autorizados a actuar, es decir, a perseguir de oficio a aquellos caballeros que, habiéndose comprometido temporalmente con el Temple, lo abandonaran antes de haber agotado el plazo.

Inocencio III pretendía que la nueva cruzada tuviera éxito mediante la buena armonía entre todos los cristianos; sus intenciones eran buenas, pero el resultado de la Cuarta Cruzada fue un auténtico dislate para la cristiandad.

Constantinopla, la capital del Imperio bizantino, era uno de los puntos donde solían recalar miles de peregrinos camino de Tierra Santa, sobretudo aquellos que viajan desde el centro y el norte de Europa por vía terrestre. La antigua Bizancio seguía siendo a comienzos del siglo XIII una de las ciudades más populares y ricas del mundo. Ocho siglos de cristianismo habían dejado en sus calles decenas de iglesias y

monasterios en los cuales se guardaban tesoros extraordinarios. Barrios de comerciantes venecianos, genoveses, pisanos y alemanes estaban repletos de tiendas y almacenes rebosantes de mercancías de Oriente y Occidente. Constantinopla era el cruce de todas las rutas, donde se unían el este y el oeste, el norte y el sur. Una población de medio millón de habitantes requería un suministro constante de alimentos y productos básicos, su refinada aristocracia demandaba joyas y sedas, su escuela patriarcal, su universidad y sus bibliotecas tenían que ser provistas de hojas de papiro y pergamino, y sus templos de cera, iconos, orfebrería y productos para la liturgia.

Su población estaba acostumbrada a las amenazas procedentes de todas partes, pero se sentía segura tras su triple cinturón de murallas dotadas de fosos y parapetos. Eran tan sólidas y formidables que habían resistido todos los ataques, incluso los que los árabes lanzaron contra ellas en el momento de mayor pujanza en la expansión del islam. Sus habitantes habían hecho frente con éxito a todas las amenazas, pero no se podían imaginar lo que se les venía encima.

Con la Cristiandad en crisis, ningún caudillo tenía plena autoridad moral para ponerse al frente de la cruzada. Los que acudieron a la llamada de Inocencio III, un Papa tremendamente ambicioso, se fueron reuniendo en las afueras de Venecia en las últimas semanas de la primavera de 1202. Sin un objetivo claro y sin un líder fuerte, los cruzados embarcaron rumbo a Oriente.

Los templarios esperaban con fruición la nueva cruzada; el islam estaba dividido y había una buena oportunidad para recuperar los territorios perdidos. Pero en 1203 una catástrofe natural provocó un cambio sustancial. Tierra Santa fue sacudida por una serie encadenada de terremotos, de mayor magnitud que los acontecidos en 1154 y sobretudo en 1170, que dejó en muy mal estado todas las fortalezas. El Temple, que había ido reuniendo fondos para contribuir a la Cuarta Cruzada, tuvo que dedicarlos a reconstruir sus castillos, pieza fundamental en su estrategia de defensa y absolutamente imprescindibles para garantizar la seguridad del territorio cristiano.

Los cruzados entretanto, fueron llegando a Constantinopla en las primeras semanas del verano de 1203, donde una crisis política había provocado la huida, con un buen tesoro en las manos, eso sí, del emperador Alejo III. El trono imperial fue pasando de mano en mano, del vejo y ciego Isaac Angelus a su joven e inexperto hijo Alejo IV, ambos ejecutados cruelmente. La ciudad era ingobernable y los cruzados, acampados en las afueras, decidieron intervenir. El 6 de abril de 1204 se lanzaron sobre las murallas, apenas custodiadas por unos cuantos mercenarios ante la ausencia de autoridad que se vivía en la ciudad. El asalto apenas duró seis días, y el dux de Venecia, que había encabezado la cruzada, y los nobles que mandaban los variopintos contingentes tomaron una decisión que resultaría traumática. Emitieron una orden por la cual durante tres días los cruzados podrían tomar cuanto quisieran de la ciudad. La enemistad entre los cristianos de Oriente, los ortodoxos, y los de Occidente, los latinos, era secular; el emperador de Bizancio Isaac II incluso había enviado un emisario para felicitar a Saladino cuando éste conquistó Jerusalén.

El resultado fue uno de los mayores saqueos de la historia de la humanidad. Iglesias, conventos, palacios, casas particulares, tiendas, almacenes, todo fue arrasado y robado; piezas de arte extraordinarias fueron destruidas. Al saqueo siguió una matanza indiscriminada y violaciones sin cuento. Las iglesias fueron convertidas en tabernas y los monasterios en prostíbulos.

Cuando al fin pudo restablecerse un poco de calma, los venecianos cobraron lo que los cruzados les debían por el transporte y los víveres suministrados para el viaje y el resto fue repartido al cincuenta por ciento entre Venecia y los saqueadores. En las naves de la Señoría se cargaron obras de arte, mármoles, esculturas y cuanto de valor se pudo transportar, y cargadas de tesoros partieron hacia la Laguna.

En Tierra Santa podían esperar a los cruzados en vano. Los templarios habían elegido a su decimotercer maestre a comienzos de 1201; se trataba de Philippe de Plessis, caballero del condado de Anjou, que tenía difícil igualar la obra de reconstrucción que había realizado Gilbert de Érail, quien había asistido a la reunificación del Imperio islámico por Al-Adil, el hermano de Saladino, cuando éste hubo derrotado en 1202 a sus tres incompetentes sobrinos.

La Cristiandad parecía haberse vuelto loca, y el ideal templario sonaba en esta situación como una música ajena a cuanto estaba pasando. La Cuarta Cruzada había olvidado a los musulmanes, y sus miembros se habían dedicado a saquear la mayor de las ciudades cristianas, que además era la primera defensa de la Cristiandad frente al Islam.

Pero aún faltaba el estrambote. En 1209, el Papa Inocencio III, ávido de poder y ansioso por dotar a la Iglesia de un monolitismo inquebrantable, predicó una nueva cruzada, pero en esta ocasión no iba a ir dirigida contra los musulmanes, sino contra los cátaros del sur de Francia, a quienes la Iglesia condenó por herejes. Entre 1209 y 1244 miles de cátaros o albigenses fueron perseguidos y condenados a la hoguera en una vorágine de muerte y sangre. La idea de la cruzada se había transformado en un “sangriento instrumento del poder papal”, y el pontífice pidió a los templarios que le ayudaran en tan cruenta empresa. En 1219 los templarios participaron en una expedición que encabezaba el delfín de Francia, el futuro Luís VIII, contra los cátaros. Sus votos de no combatir jamás contra cristianos quedaban rotos, aunque el Papa los tranquilizó anunciando que esos herejes no se contaban precisamente entre las filas de los fieles de Dios.

Y en 1212, mientras un gran ejército constituido bajo la bula de la cruzada y compuesto por los reyes de Aragón, Castilla y Navarra derrotaba en la batalla de las Navas de Tolosa a los musulmanes almohades, un niño pastor francés llamado Esteban ponía en marcha la llamada “cruzada de los niños”, que se dirigió hacia Oriente y que acabó con miles de alevines muertos o vendidos como esclavos en los mercados de las ciudades islámicas.

Inocencio III estaba dispuesto a ser el gran hacedor de la política europea, además del sumo pontífice de la Iglesia. Para ello actuó como un verdadero señor temporal, participando activamente en cuantas ocasiones se le presentaban para influir en los reinos cristianos. En 1213 dispuesto, con el beneplácito de los nobles de la curia real de Aragón, que el joven Jaime I, rey de Aragón a la muerte de su padre Pedro II (caído en los campos de Muret defendiendo a sus vasallos cátaros del ataque cruzado del Papa), fuera educado por los templarios en el castillo aragonés de Monzón. El más longevo de los reyes aragoneses se educó durante tres años bajo la disciplina del Temple; y algo del espíritu de los caballeros de Cristo debió de permanecer en él, porque en alguna ocasión este monarca ha sido llamado precisamente “el rey templario”.

El prestigio del Temple y su influencia se habían recuperado gracias al buen hacer de los maestros Gilbert de Érail y Philippe de Plessis, que habían actuado con prudencia y evitando caer en los tremendos errores de Gerard de Ridefort. Y esa nueva imagen quedó bien patente cuando en 1209, finalizada la tregua de seis años que el rey Amalrico de Jerusalén había pactado con Al-Adil, el maestre Philippe de Plessis se negó a prorrogarla, como quería el sultán, y convenció a los nobles y obispos del reino a que hicieran lo propio. El nuevo rey, Juan de Brienne, se mostró enseguida dispuesto a colaborar plenamente con los templarios.

La alta nobleza y los grandes señores volvieron a ver a los templarios como a los grandes caballeros de la cristiandad. Por ejemplo, uno de los más notables, el famosísimo Guillermo el Mariscal, gran caballero, campeón de justas y torneos y lugarteniente de los reyes de Inglaterra, murió en 1219 haciéndose cubrir a modo de mortaja de honor con el manto blanco de los templarios.

A ello contribuyó el decimocuarto maestre, Guillermo de Chartres, quien pugnó por recuperar el prestigio perdido, así como el hecho de que las encomiendas templarias estaban más florecientes que nunca y producían unas rentas muy cuantiosas. El dinero fluía de manera copiosa y, ante la abundancia de capital, se convirtieron en prestamistas de nobles y reyes, creando una red financiera que los convirtió en los grandes banqueros de Europa en el siglo XIII.

La Quinta Cruzada (1217-1221)

Hacia 1220, en el momento más esplendoroso del Medievo en Occidente, algunas voces empezaron a criticar la situación. El fiasco de la Cuarta Cruzada y el saqueo de Constantinopla, la persecución sangrienta contra los cátaros, los enfrentamientos entre Francia e Inglaterra, la inestabilidad política en Alemania y la atomización de Italia eran los principales problemas de la Cristiandad, que parecía haberse olvidado de Tierra Santa.

No obstante, allá seguían llegando peregrinos a los que había que atender, y con creces, pues muchos se quedaban un año e incluso más; buena parte de ellos pagaba su estancia enrolándose en el ejército como mercenarios. Las órdenes de templarios, hospitalarios y del Santo Sepulcro mantenían sus actividades gracias a las rentas que les llegaban de sus encomiendas de Europa, pero daba la impresión de que el papado y

los reyes cristianos habían renunciado a recuperar Jerusalén. La tensión fue en aumento y el ancestral odio que se profesaban mutuamente templarios y hospitalarios estalló de modo violento en 1217, produciéndose entre ambas órdenes enfrentamientos armados en las calles de algunas ciudades de Palestina, con muertos por ambos bandos; la animadversión recíproca ya no desaparecería nunca.

Inocencio III, tal vez a petición de los templarios, decidió predicar una nueva cruzada, ahora sí contra el islam, pero mientras la estaba preparando murió en 1216 sin haber llegado a convocarla. Lo hizo su sucesor, Honorio III. Los templarios fueron informados de inmediato y pusieron en marcha una gigantesca campaña en busca de fondos para financiarla. El éxito fue considerable. En apenas un año lograron recaudar la fabulosa cifra de un millón de besantes, la moneda de oro bizantina, con los cuales iniciaron la construcción de la que iba a ser su más imponente fortaleza en Palestina, el famoso castillo Peregrino, en la localidad de Athlit, unas pocas millas al sur de la ciudad de Haifa, donde hasta entonces sólo tenían una atalaya denominada torre Destroit.

A la llamada del papa respondieron franceses, alemanes, austríacos y húngaros, con su rey Andrés a la cabeza, que además dejó su reino en custodia del maestre provincial de Hungría, un caballero templario llamado Pons de la Croix. El volumen de tropas era considerable, pero la logística fue un desastre. Nadie había previsto la manera en que tantos soldados iban a desplazarse al otro lado del Mediterráneo, de manera que cada cual hizo el viaje como pudo. Las tropas que lograron llegar se concentraron en Acre, donde templarios y hospitalarios aguardaban para unirse a ellas. Eran bastantes, y además cada grupo obedecía sólo a su señor, con lo que no hubo manera de organizar una fuerza homogénea. Además, el rey Andrés de Hungría se marchó enseguida; apenas tocó Tierra Santa, se dedicó a comprar todo tipo de reliquias -hasta una jarra con la que Cristo convirtió el agua en vino en las bodas de Caná-, declaró que había cumplido su voto de cruzado y regresó a su reino.

En las últimas semanas de 1217 siguieron llegando más y más cruzados hasta que su número fue considerado suficiente para emprender la campaña militar. Con muchas reticencias por parte de los nobles llegados de Europa, al fin se decidió que el rey Juan de Jerusalén dirigiera el ejército. La campaña militar de la Quinta Cruzada tenía como objetivo Egipto, donde radicaba el poder del Imperio mameluco. El plan consistía en destruir las bases musulmanas en el delta del Nilo e intentar la conquista de El Cairo. La ocupación de la ciudad de Damietta, en el gran brazo oriental del río, era vital para continuar hacia El Cairo. Los cruzados llegaron al delta en la primavera de 1218. Durante un año, en el que sufrieron todo tipo de penalidades, se mantuvieron firmes, hasta que el 21 de agosto de 1219 decidieron ocupar Damietta. Como solía ser habitual, templarios y hospitalarios fueron los primeros en lanzarse al asalto; el resultado fue cincuenta templarios y treinta y dos hospitalarios muertos, y el ataque rechazado.

Dos testigos de excepción estaban presentes ese año en el delta del Nilo. Por un lado, el templario alemán *Wölfram von Eschenbach*, a quien le impresionó tanto el arrojo de sus

hermanos en la Orden que a su regreso a Alemania escribió el poema épico Parsifal, en el cual convirtió a los templarios en los guardianes del Santo Grial.

El otro gran personaje era Francisco de Asís, considerado como un santo en vida, que viajó desde Italia con el convencimiento de que mediante la palabra y la buena voluntad se podía poner fin a tantas muertes y tantas guerras. En aquella plétora de guerreros, mercenarios y aventureros, el santo de Asís debía de ser el único que creía realmente que los conflictos podían resolverse mediante el diálogo y el entendimiento mutuo. A los templarios, las ideas de Francisco de Asís debieron de parecerles como de otro mundo. Ellos eran los guerreros de Dios, los soldados de Cristo, y estaban allí para defender a la Cristiandad y para matar musulmanes. Así constaba en el discurso que les dedicara san Bernardo de Claraval y eso era lo que les habían enseñado y para lo que estaban aleccionados; algunos todavía recordaban que cuando en 1124 el abad del monasterio de Morimond propuso a Bernardo la fundación de un monasterio cisterciense en Tierra Santa, el futuro santo le contestó que “las necesidades allí son caballeros que luchen, no monjes que canten y se lamenten”. ¿Cómo explicar si no el sacrificio al que se sometieron los ciento cuarenta de su hermanos que hundieron a propósito su nave atacada por mil quinientos musulmanes para irse al fondo todos juntos en el verano de 1218 en el delta del Nilo?

El asedio de Damietta acabó de manera inesperada. Los defensores musulmanes, aislados y sin alimentos, fueron muriendo de hambre y de enfermedades; allí falleció, víctima de la fiebre, el maestre Guillermo de Chartres el 26 de agosto de 1218. Cuando los cruzados se dieron cuenta de lo que estaba pasando, se acercaron con cautela a la ciudad y la tomaron sin apenas lucha; ya no quedaban hombres vivos o sanos. El sultán de Egipto ofreció un pacto: entregarles Palestina a cambio de la paz y de la devolución de Damietta, además de reintegrarles la Vera Cruz.

En 1219 los templarios eligieron como maestre a Pedro de Monteagudo, que tenía experiencia como administrador por haber ejercido el cargo de preceptor en Provenza y Aragón, y además era considerado un hombre valeroso y diestro en el combate.

Tras valorarse el posible acuerdo que había ofrecido el sultán, no se llegó a un acuerdo y se reanudaron las hostilidades. Los cruzados dominaban parte del delta del Nilo, pero estaban atrapados en un terreno pantanoso que además se inundaba cada año con las crecidas del río. En el verano de 1220 los musulmanes abrieron los canales aguas arriba y toda la zona se inundó, causando un enorme desconcierto en los cruzados, que iniciaron una desordenada retirada. Miles de musulmanes cayeron sobre ellos provocando una matanza. Los cruzados capitularon y abandonaron Egipto. La Vera Cruz, que el sultán había ofrecido devolver a los cristianos, no apareció.

La Sexta Cruzada (1227-1229)

En 1227 el nuevo Papa, Gregorio IX, hizo otro llamamiento a la Cristiandad. La Sexta Cruzada se puso en marcha y a su frente iba a colocarse por primera vez un jefe indiscutible, Federico II, emperador de Alemania, que se puso en marcha en septiembre de 1227. A pesar de haber sido excomulgado por el Papa, Federico II

desembarcó en Acre y fue recibido como un verdadero libertador; hasta los templarios le mostraron toda su fidelidad, pese a la enemistad del emperador con el Papa. Federico se casó con Isabel, la hija del rey de Jerusalén Juan de Brienne; y al morir, recién nacido, el hijo de ambos, Federico, se coronó rey de Jerusalén.

El objetivo de Federico era uno solo: Jerusalén. Con apenas diez mil soldados, de ellos ni siquiera mil caballeros, se puso en marcha desde Acre hacia la Ciudad Santa en la segunda mitad de 1228. A los templarios se les planteó un grave conflicto. No podían ir a la par que Federico II, pues su plan estaba condenado por el Papa, pero no podían faltar a sus votos de acudir en defensa de los cristianos en Tierra Santa.

El maestre Pedro de Monteagudo decidió seguir a Federico, pero a una cierta distancia. Los templarios no irían a Jerusalén al lado del emperador, pues estaba excomulgado, pero se mantendrían al alcance de la retaguardia por si los cristianos eran atacados para poder intervenir en su defensa. Con esa actitud el maestre Monteagudo creía cumplir los dos preceptos: obedecer al Papa al no ayudar directamente a Federico y estar listos para ayudar a los cristianos por si era necesario; los hospitalarios decidieron hacer exactamente lo mismo. Pero en el camino, el emperador hizo gala de su habilidad diplomática. Ofreció a los maestros del Temple y del Hospital que cabalgaran a su lado pero sin atenerse a sus órdenes; su ejército no era el del emperador de Alemania, sino el de Cristo, les dijo. Los dos maestros accedieron y templarios y hospitalarios se adelantaron hasta unirse al grueso del contingente.

Entretanto, Federico estaba negociando un acuerdo con el sultán de Egipto sobre Jerusalén. En 1229 esta ciudad había perdido gran parte de su importancia; tantos años de luchas y muertes habían esquilado a la población, que estaba muy disminuida. Además, buena parte de sus murallas había sido derruida, y ya no tenía para los musulmanes la importancia estratégica de antaño. Al sultán de Egipto no le causó demasiados problemas aceptar un pacto sobre la ciudad con Federico II, que lo único que pretendía era regresar a Europa revestido con la aureola de haber sido quien devolviera Jerusalén a la Cristiandad.

Ambos soberanos llegaron al acuerdo de que Federico recibiría Jerusalén, Nazaret y Belén, pero los musulmanes conservarían Hebrón. Los Santos Lugares de todas las religiones serían respetados y los musulmanes mantendrían bajo su control la explanada del Templo de Salomón y sus dos mezquitas, la de la Roca y la de al-Aqsa, ambas abiertas al culto islámico.

En cuanto se enteraron de las cláusulas del tratado, los templarios se enfurecieron, como también los hospitalarios y el patriarca de Jerusalén, que los acompañaba. Federico los había engañado. Los templarios querían recuperar su antigua sede de al-Aqsa; hacía más de cuarenta años que habían sido expulsados de allí por Saladino y su orgullo quedó muy herido al comprobar que al-Aqsa, el lugar en el que se había fundado la Orden, iba a seguir siendo una mezquita y que en la mezquita de la Roca una inscripción que había ordenado colocar Saladino siguiera anunciando a todos cuantos pudieran leerla que *“Salah ad-Din purificó esta Ciudad Santa de los politeístas”*.

El emperador entró en Jerusalén el 17 de marzo de 1229 y él mismo se coronó como rey en la iglesia del Santo Sepulcro; a la ceremonia no asistieron los maestros del Templi ni del Hospital, ni por supuesto el patriarca, pero sí Hermann von Salza, el maestre de la Orden Teutónica, quien realizó un encendido elogio de Federico II. El emperador se sintió desairado y planeó vengarse de los templarios, a los que acusó de traición, pues sospechaba que pretendían asesinarlo. Pero los caballeros de Cristo eran demasiado poderosos incluso para Federico, quien intentó secuestrar al maestre Monteagudo una vez que regresaron a Acre, pero desistió porque el maestre siempre iba protegido por una formidable escolta de caballeros. Federico II abandonó Tierra Santa el 1 de mayo de 1229; embarcó en Acre tras recibir una lluvia de inmundicias en su camino por las calles de la ciudad hacia el puerto. Tierra Santa volvía a quedar huérfana, y ahora sin siquiera un rey presente, pues aunque nominalmente lo era Federico II, sus intereses estaban exclusivamente en Europa.

El desconcierto también se cebó en la Orden del Temple, que a la muerte de Monteagudo en 1232 eligió como nuevo maestre a Armand de Périgord, quien en los primeros años de su mandato realizó acciones alocadas, como el ataque suicida a la fortaleza musulmana de Darbsaq, donde murieron varios caballeros y otros muchos fueron apresados. El caos general condujo a nuevos enfrentamientos entre templarios y hospitalarios, en torno a los cuales, y ante la ausencia de otra autoridad en la zona, se congregaron los nobles y los soldados cristianos. En su desesperación y soledad, los templarios llevaron a cabo acciones impropias de su condición de caballeros; en octubre de 1241 atacaron la ciudad de Nablús, mataron a todos sus habitantes y quemaron la gran mezquita. La Orden parecía abocada a convertirse en una organización al margen de lo que hasta entonces había sido. Claro que semejantes demostraciones de fuerza bruta la convirtieron en el único poder de referencia en los territorios cristianos de Tierra Santa.

Aunque en los primeros años de su mandato Armand de Périgord se vio sumido en el caos general que se extendió por Tierra Santa tras la marcha de Federico II, en los últimos dos años, 1243-1244, logró varios éxitos diplomáticos que restañaron los errores de la década 1230-1240. Armand, ante la división que se había extendido entre los musulmanes de Egipto y los de Siria, aprovechó la ocasión para recuperar el solar fundacional en Jerusalén. A finales de 1243 llegó a un acuerdo con el gobernador Ismail de Damasco, quien aceptó que los musulmanes se retiraran de las mezquitas de la Cúpula y de al-Aqsa. Los templarios regresaron a Jerusalén y se ofrecieron para dirigir la reconstrucción de las arrumbadas murallas y de la poderosa fortaleza conocida como la torre de David. Las buenas noticias llegaron a Roma y el Papa Inocencio IV elogió a los caballeros, con lo que volvieron a recuperar parte del prestigio perdido en los años anteriores.

Aún así, la recuperación de su casa matriz en la explanada del Templo fue efímera. Ayud, sultán de Egipto, lanzó un ataque contra su enemigo, el señor de Damasco, al que ayudaron los templarios. En el verano de 1244 Ayud se dirigió contra Jerusalén; los templarios casi habían acabado las fortificaciones, pero no fueron suficientes para

resistir el ataque de los egipcios, apoyados por varios regimientos de feroces jinetes joresmios, mercenarios reclutados por Baibars en Asia Central; la división en el bando musulmán era la misma que en el cristiano. Los defensores no eran muchos y la ciudad cayó en manos musulmanas el 11 de junio; de los seis mil pobladores cristianos que había en ella sólo se salvaron trescientos. Jerusalén fue saqueada y la iglesia del Santo Sepulcro, tal vez la más venerada de la Cristiandad, fue quemada.

Los egipcios aprovecharon su ventaja para asolar el sur de Palestina, y aunque los cristianos se rehicieron, fueron derrotados el 17 de octubre de 1244 en la batalla de La Forbie, al noreste de Gaza. Las tropas musulmanas las dirigía un general aguerrido que en los años siguientes sería el azote de los cristianos; se llamaba Baibars, y algunos lo consideraron un segundo Saladino. En la batalla murieron cinco mil cristianos. En ella participaron trescientos caballeros templarios, de los que sólo se salvaron treinta y tres, y entre ellos no estaban ni el mariscal ni el maestre Armand de Périgord, que cayeron en el combate. La cabeza del maestre fue cortada y exhibida como trofeo de guerra en las puertas de El Cairo.

El final de la presencia cristiana en Tierra Santa parecía ahora más próximo que nunca.

La Séptima Cruzada (1248-1254)

En el año 1206, a orillas del río Onón, en el norte de Mongolia, tuvo lugar una reunión de clanes mongoles que cambiaría la historia. En una asamblea de jefes, los caudillos tribales decidieron nombrar a Temujín, un guerrero del clan de los borchiguines, gran kan de todos los pueblos de las estepas. Ese mismo día, Temujín, más conocido como Gengis Kan, inició la conquista del mundo.

Entre 1206 y 1227 los mongoles conquistaron China, Asia Central y llegaron al corazón de Europa. Aquella horda de guerreros incansables arrasó a cuantos ejércitos y ciudades encontraron a su paso. Orgullosos de su gran kan, los mongoles crearon una maquinaria de guerra que parecía invencible.

En Occidente corría desde hacia varios siglos una curiosa leyenda. Se decía que más allá de las tierras del islam había un reino cristiano gobernado por un rey misterioso al que se denominaba como el Preste Juan. Cuando llegaron a Europa las primeras noticias de la expansión de los mongoles, no faltaron quienes creyeron que ese kan – observándose la similitud fonética entre Juan y kan- era el monarca cristiano del fabuloso reino oriental, y que una alianza con este soberano dejaría a los musulmanes atrapados entre los dos grandes territorios cristianos, y sería así más fácil acabar con ellos.

En realidad, Gengis kan no era un rey cristiano, pero entre los mongoles había muchos cristianos nestorianos que se habían convertido evangelizados por monjes seguidores de esta modalidad del cristianismo llegados de Asia Central desde Iraq, y probablemente también desde el norte de Pakistán y la India.

A mediados del siglo XII viajaron hasta la corte del gran kan varios embajadores cristianos, que a su regreso describieron cómo era este pueblo y cuáles eran sus

costumbres. Fue entonces cuando en Occidente se ideó la posibilidad de alcanzar un gran acuerdo con los mongoles y entre ambos, cristianos y mongoles, derrotar al islam y repartirse sus dominios.

En 1227 murió Gengis Kan y dos años después fue elegido nuevo gran kan su tercer hijo, Ogodei, quien mantuvo la unidad del imperio pese a su desmedida afición a la bebida. No obstante, una figura como la de Gengis Kan, cuya autoridad fue absoluta, era irreplicable, y a la muerte de Ogodei el imperio se dividió en varias regiones dirigidas por los nietos de Gengis Kan, aunque siempre sometidos todos ellos a la autoridad nominal y teórica del gran kan.

El islam, atrapado en 1247 entre cristianos y mongoles, parecía abocado a su desaparición. La irrupción de los mongoles, que nadie había imaginado siquiera, trastocó por completo la situación.

Consciente de todo ello, Luís IX, rey de Francia, se embarcó en una nueva cruzada, la Séptima. Hombre devoto y piadoso, estaba obsesionado con las reliquias y con dar a la cristiandad el triunfo que necesitaba sobre los edificios más asombrosos de la arquitectura europea, la Santa Capilla, un prodigio del arte gótico en el que las paredes de piedra habían sido completamente sustituidas por vidrieras multicolores a través de las cuales el interior del edificio quedaba iluminado de una manera mágica. La construcción de la Santa Capilla había sido ordenada por Luís IX para guardar en ella varias reliquias que había comprado al emperador de Constantinopla, entre ellas la Vera Cruz y la corona de espinas que colocaron a Cristo sobre la cabeza durante la Pasión; era por tanto como un enorme y precioso relicario que el rey de Francia ofrecía a Cristo para guardar los emblemas de su sacrificio.

Con la Santa Capilla recién terminada, Luís IX juró sus votos de cruzado, concentró a su ejército y se hizo a la mar. En su ejército formaba una compañía de templarios al mando de Reinaldo de Vichiers, preceptor del Temple en Francia. En la primavera de 1249 desembarcó en el delta del Nilo, donde años atrás habían fracasado los cruzados, y el 5 de junio conquistó la ciudad de Damietta. Durante varios meses, y como ocurriera en 1219 en la Quinta Cruzada, los cristianos se mantuvieron en las zonas pantanosas del delta, intentando consolidar sus posiciones y preparando un ataque Nilo arriba hacia El Cairo.

Los templarios acudieron prestos a la llamada del rey de Francia y se presentaron en el delta, con su maestre al frente de al menos trescientos caballeros. El maestre al frente de al menos trescientos caballeros. El maestre del Temple era el francés Guillermo de Sonnac, un guerrero elegido en 1247, a los dos años de la muerte del anterior maestre, el normando Ricardo de Bures, que sólo ocupó el cargo seis meses. La silla del maestre había estado vacante dos años, demasiado, y Sonnac quería recuperar cuanto antes el tiempo perdido. Los templarios querían demostrar a toda la cristiandad que seguían siendo sus principales valedores en Tierra Santa, y en esa cruzada, con el rey de Francia presente, tenían una oportunidad inmejorable.

A finales de 1249 Luís IX decidió avanzar río arriba hacia la ciudad de Mansura; cuando llegaron ante ella, Baibars, el general del ejército egipcio, les tendió una trampa. Dejó abiertas las puertas y los cruzados, con trescientos templarios en vanguardia, entraron en la ciudad sin tomar precauciones. Cuando una buena parte de ellos estaba dentro, comenzaron a dispararles desde las azoteas, causando una gran matanza en los cristianos, que apenas podían maniobrar en las estrechas callejuelas, convertidas en una verdadera ratonera. Doscientos ochenta y cinco templarios murieron allí, y sólo cinco, entre ellos el maestre Sonnac, que resultó malherido y no tardaría en morir; era el 8 de febrero de 1250.

Baibars contraatacó desde Mansura tres días después y se entabló una gran batalla el 11 de febrero. Miles de muertos por ambos bandos cubrieron de cadáveres el campo de batalla; entre ellos estaba el maestre del Temple, quien ante la vergüenza sufrida por la muerte de sus hermanos en la encerrona de la ciudad, prefirió lanzarse a la muerte que vivir con aquel pesar. Su cuerpo fue recogido por los pocos templarios que quedaron vivos tras la batalla de Mansura.

Unos días después se rindió el ejército cristiano, y el rey Luís fue capturado. Pudo ser liberado gracias al pago de 200.000 libras, 170.000 procedentes del tesoro real de Francia, todo cuanto quedaba, y 30.000 que tuvo que aportar el Temple. En el acuerdo estaba contemplada la entrega de Damietta a los musulmanes, que se hizo efectiva el 6 de mayo de 1250.

Luís IX no podía regresar a Francia, de modo que decidió quedarse en Acre para intentar ganar tiempo y mitigar en lo que fuera posible el desastre de Mansura. La mayoría de los nobles que había acudido a la llamada del rey regresó a Francia; con Luís IX se quedaron tan sólo unos mil quinientos hombres.

El Temple había perdido a su maestre, y era necesario elegir a su sustituto. Luís IX influyó cuanto pudo para que el cargo recayera en la persona de Reinaldo de Vichiers, que había sido comendador de Acre y después preceptor de la Orden en Francia, y por tanto el encargado de recaudar el dinero para la Séptima Cruzada y de organizar la intendencia y el viaje. Era además un fiel aliado del rey, y hombre de su plena confianza. El Capítulo General del Temple, pese a la incompetencia demostrada por el rey de Francia, aceptó su propuesta y Reinaldo de Vichiers, que había ocupado el cargo de mariscal, fue elegido nuevo maestre.

Desde su fortaleza en Acre, Luís IX procuró alcanzar algún éxito que le permitiera regresar a Francia con el orgullo y la estima recuperados. Trató de conseguir del sultán de Egipto la cesión de Jerusalén, aprovechando las endémicas disputas entre los musulmanes, y jugó a incidir en la confusión entre las diversas facciones del islam para debilitarlo desde dentro. Pero los cristianos estaban igual de divididos; templarios y hospitalarios seguían profesándose un desprecio mutuo y en 1251 volvieron a enfrentarse violentamente.

Por su parte, los templarios seguían negociando, como acostumbraban, por su cuenta. El maestre Vichiers había cerrado un acuerdo secreto con el emir An-Nasir Yusuf, señor de Alepo, quien, enemistado con los mamelucos de Egipto, había ocupado Damasco. El pacto consistía en el reparto de unos territorios en Siria entre templarios y An-Nasir. Cuando Luís IX supo de la existencia de este tratado, ordenó al maestre que lo rompiera. Y para que no quedara duda de su autoridad, organizó una ceremonia que causó un tremendo malestar entre los templarios. En presencia de todo el ejército obligó al maestre a romper ese pacto, humillándolo ante sus caballeros. Desde luego, para ellos fue una afrenta terrible, pues su autonomía quedaba absolutamente deshecha ante la subordinación del maestre al rey de Francia.

Luís IX, fracasado su intento de recuperar Jerusalén, poco más tenía que hacer en Tierra Santa, y en 1254, tras seis años de cruzada, decidió que era hora de regresar a Francia.

El Capítulo del Temple eligió en 1256 como maestre a Tomás Berard, probablemente un caballero inglés, a quien creyeron con carácter suficiente como para no dejarse influir por ningún soberano. La Orden quería volver a recuperar la autonomía perdida, pero a partir de 1254 las órdenes militares se quedaron solas. La retirada de Luís IX constituyó el principio del largo final de la presencia cristiana en Tierra Santa.

Todavía quedaba una remota esperanza. En 1253, en un kuriltai celebrado en el curso alto del Onón, los jefes mongoles encargaron al príncipe Hulegu la conquista de Jerusalén; el plan se inscribía en un amplio acuerdo cerrado con el rey cristiano Hetum I de Armenia, vasallo del Imperio mongol. La formidable maquinaria de guerra que era el ejército mongol se puso en marcha. Varios miles de soldados atravesaron las cordilleras de Asia Central e irrumpieron en territorio musulmán. En 1256 destruyeron el castillo de Alamut, en el norte de Irán, donde desde finales del siglo XI estaba la fortaleza en la que tenía su sede la secta de los "Asesinos", en 1257 ya estaban a las puertas de Europa y al año siguiente, en febrero, tomaron y arrasaron la ciudad de Bagdad, sede del califato abasí y orgullo de la civilización islámica desde hacía cinco siglos. Lo que no habían logrado las siete grandes cruzadas organizadas por los cristianos desde 1095 hasta 1248, es decir, el fin del islam, parecía que estaban a punto de lograrlo los mongoles. La caída de Bagdad fue un verdadero aldabonazo en la conciencia de todos los musulmanes. Es cierto que, desde que cayera bajo el protectorado de los turcos a mediados del siglo XI, el Imperio abasí ya no había vuelto a convertirse en la gran potencia que fue en los siglos IX y X, y que la ciudad de Bagdad, aun manteniendo buena parte de su población, de su influencia económica y de su desarrollo cultural, no disfrutaba ni mucho menos de la brillantez de la época del califa Harum ar-Rachid, cuya figura inspirara la colección de relatos unidos bajo el título de Las mil y una noches, pero ambos seguían siendo un referente para los musulmanes. El avance mongol con el apoyo de los cristianos de Armenia se fue cerrando como una tenaza sobre Siria.

No todos los cristianos de Oriente estaban de acuerdo con la alianza sellada con los mongoles. El papado, pese a haber enviado varias embajadas ante el gran kan, recelaba

de esos hombres de las estepas que permitían en sus tierras que se practicara libremente todo tipo de religiones y que no mostraban la menor sumisión hacia Roma. A esta animadversión se sumaba el recuerdo de las viejas profecías, basadas en el libro de Ezequiel y en el Apocalipsis de san Juan, en las que se auguraba que la cristiandad sería destruida por las tribus de Gog y Magog, que llegarían de las frías tierras del este como una plaga aniquiladora. Los mongoles fueron identificados por algunos visionarios como los hijos de Gog y Magog.

Así en 1259 los mongoles estaban a punto de invadir Tierra Santa, los musulmanes aguardando un destino que presentían trágico y los cristianos divididos entre los que se habían aliado con los mongoles y los que los contemplaban como enemigos peores si cabe que los propios musulmanes. Algunos príncipes cristianos, como Bohemundo VI de Antioquía, pactaron con los emisarios del gran kan y por ello fueron excomulgados por el legado papal. Pero ese año murió Mongka, el cuarto de los grandes kanes, y Hulegu tuvo que regresar a Mongolia para participar en el kuriltai encargado de designar a su sucesor. El mando del ejército quedó entonces en manos de su lugarteniente, el general Kitbuka, un cristiano nestoriano con el que los cristianos de Tierra Santa podrían entenderse mejor; pero la marcha de Hulegu mermó considerablemente las fuerzas de los mongoles, que quedaron reducidas a veinte mil guerreros.

En enero de 1260 los mongoles y sus aliados cristianos tomaron la ciudad de Alepo y su formidable fortaleza en una sola semana, y el 1 de marzo entraban triunfantes en Damasco; Kitbuka lo hizo acompañado de sus aliados cristianos el rey Hetum I de Armenia y el príncipe Bohemundo VI de Antioquía y Trípoli. Pero entretanto, el príncipe cristiano Julián de Sidón atacó a unas patrullas mongolas; el resultado fue la destrucción de esa ciudad como represalia de los mongoles y la imposibilidad de alcanzar un pacto general entre éstos y los cristianos. Siria entera cayó en su poder, en tanto el islam oriental quedaba reducido a Egipto y a los desiertos de Arabia. Todo parecía presagiar que su fin estaba próximo.

Los mamelucos decidieron actuar de manera casi desesperada. Un ejército salió de El Cairo en el mes de julio de ese año 1260 y avanzó hasta Gaza, donde aniquiló a un pequeño destacamento mongol que había llegado hasta allí como avanzadilla. Kitbuka decidió entonces ir directamente contra los mamelucos y dirigió su ejército de veinte mil mongoles hacia el sur bordeando el mar de Galilea por su orilla oriental. El sultán mameluco Qutuz salió al encuentro de los mongoles sabiendo que su ejército era muy superior en número.

La batalla se libró el 3 de septiembre de 1260 cerca del río Jordán, en una estrecha llanura entre el monte Gilboa y los cerros de Galilea, en un lugar conocido como El pozo de Goliat, Ayn Yalut en árabe. El ejército mongol fue aniquilado y la cabeza de Kitbuka enviada a El Cairo como trofeo de guerra; sólo cinco días más tarde los mamelucos entraban en Damasco como libertadores. La batalla de El pozo de Goliat fue sin duda una de las más importantes de la historia; la derrota mongola supuso el final de sus ambiciones en Oriente Próximo y nunca más volvieron a esta zona.

Algunos historiadores han supuesto que, de haber ganado esa batalla el ejército mongol, la historia del mundo hubiese sido muy distinta.

Los mamelucos tomaron represalias contra la población cristiana de Siria, que fue aniquilada. El sultán Qutuz decidió regresar a El Cairo para hacer una entrada triunfal como salvador del islam, pero su gran general Baibars, contrariado por no recibir el premio del que se creía merecedor, lo asesinó en el camino. El propio Baibars asumió el sultanato mameluco y fue él quien entró victorioso en El Cairo. La derrota mongola, la desunión de los cristianos y el ascenso de Baibars fueron los síntomas que anunciaron la agonía del reino cristiano de Jerusalén.

En Europa las posturas sobre los templarios empezaban a enconarse, así, mientras en 1259 Jaime I declaraba que los templarios estaban bajo su protección, el influyente intelectual Roger Bacon acusaba a las órdenes militares de practicar “un celo brutal”.

La Octava Cruzada (1270)

A la llamada para organizar una nueva cruzada que proclamó el Papa Urbano IV en 1263 no respondió nadie. Los templarios comprendieron que todo por lo que habían luchado durante siglo y medio comenzaba a desmoronarse y que no se advertían síntomas de que la cristiandad reaccionara. Así lo contemplaba un caballero templario en una carta que escribió en 1265 en Tierra Santa, y en la que augura el desastre ante la falta de esperanza y la corrupción de la Iglesia, a la que acusa de haberse olvidado de Tierra Santa para centrarse en sus intereses terrenales en Europa.

En 1265 Baibars sitió San Juan de Acre; doscientos templarios formaron ante la puerta y los musulmanes les dijeron que abjuraran de su fe y aceptaran el islam. El comandante templario exhortó a sus hombres a permanecer en la fe de Cristo. Los musulmanes lo sacaron de la fila y lo torturaron con tenazas. Prefirió el martirio que renunciar a Cristo Nuestro Señor.

En la segunda mitad del siglo XIII aparecieron los primeros síntomas de la larga crisis que afectó durante toda la Baja Edad Media a Europa. Por ello, el Temple se vio obligado a pactar con sus seculares enemigos. En 1266 el maestre Berard mantuvo correspondencia secreta con Qala'un, el emir del sultán Baibars. Abandonados por todos, enfrentados con media cristiandad, los templarios actuaron desde entonces de manera absolutamente automática. Su misión ya no era proteger a los peregrinos, que cada vez llegaban en menor número a Tierra Santa, sino defenderse a sí mismos. Sus bajas en las cruzadas habían sido enormes y cada vez llegaban menos caballeros de refresco y menos rentas de sus encomiendas en Europa. Ya sólo cabía resistir desesperadamente y aguardar un final irremisible. En el ataque de los mamelucos al castillo de Safed en junio de 1266 murieron sus seiscientos defensores por no rendirse; los templarios que lo custodiaban fueron decapitados. Cada baja era muy difícil de reemplazar, y ante esa situación, Baibars entendió que había llegado el momento de acabar con la presencia cristiana en tierras del islam. De ahí que, pese a las conversaciones secretas con los templarios, su decisión fuese firme. En 1268 Baibars

conquistó Antioquía, que durante casi dos siglos había sido un verdadero símbolo del triunfo cristiano en Tierra Santa.

En 1268 Baibars atacó Jaffa, el comandante templario se rindió. Antioquía fue destruida y la que había sido una de las mayores ciudades de Siria quedó convertida en un pueblucho. Los templarios iniciaron el repliegue y abandonaron sus castillos de Baghras y la Roca de Russole.

En 1269 uno de los reyes más prestigiosos de la cristiandad, el aguerrido Jaime I de Aragón, conquistador de los reinos musulmanes de Mallorca y Valencia, decidió por su cuenta organizar una cruzada. Sus embajadores habían estado negociando con los tártaros (los mongoles), sin llegar a ningún acuerdo, pero de esas conversaciones surgió la idea de acudir a Tierra Santa. Tenía sesenta años y, tras guerrear durante toda su vida contra el islam andalusí, había dedicado la última década a gobernar sus Estados y a acordar pactos y tratados con sus vecinos castellanos y franceses. Probablemente ya no estaba en condiciones de iniciar una aventura bélica pero en su vejez despertaron en él los recuerdos de sus años de infancia, en los que fue educado por los templarios en el castillo aragonés de Monzón. La armada del rey de Aragón, compuesta por más de treinta navíos, partió hacia Tierra Santa el 4 de septiembre desde Barcelona. Algunas naves continuaron su ruta y llegaron hasta las costas de Palestina, desembarcando en Acre.

Luís IX de Francia siguió el ejemplo de Jaime I de Aragón. El soberano francés, atormentado por su fracaso veinte años antes, deseoso de calmar su alma ante la proximidad de la muerte, zarpó de sus bases portuarias en la Provenza el 1 de julio de 1270 y en pocos días alcanzó las costas de Túnez. Apenas tuvo tiempo para organizar la cruzada, porque falleció el 25 de agosto. La efímera Octava Cruzada acabó de manera tan fulminante como había comenzado, pero Luís IX alcanzó tras su muerte una recompensa que había buscado en vida: fue proclamado santo, el único monarca elevado a los altares de cuantos reinaron en Francia, "la hija predilecta de la Iglesia".

En Tierra Santa la noticia del fracaso de Jaime I, y sobretodo de Luís IX, acabó con las escasas esperanzas de ayuda, si es que todavía quedaba alguna. Baibars seguía con su ofensiva total y en 1271 conquistó el Krak de los caballeros, la formidable fortaleza de los hospitalarios que se había construido para ser inexpugnable. Un intento de organizar una nueva cruzada que predicó Gregorio X el 7 de mayo de 1274 en Lyon acabó en fracaso; de todos los soberanos de la cristiandad sólo acudió el anciano Jaime I de Aragón, que propuso construir una flota y enviar en ella cinco mil caballeros y dos mil infantes.

La muerte de Baibars, envenenado en 1277, concedió una tregua a los cristianos, que seguían enfrentados entre ellos. Los hospitalarios odiaban a los templarios y procuraban aliarse con cualquiera que mostrara la más mínima enemistad hacia ellos; los templarios correspondían a los hospitalarios con el mismo odio y estaban enfrentados con príncipes cristianos como Bohemundo VII y el rey de Chipre, y con los

genoveses, ya abiertos rivales de los venecianos, los únicos que mantenían una cierta alianza con el Temple.

Entre 1283 y 1289 se acordó una tregua que convenía a todas las partes; los mamelucos tenían que solventar la sucesión de Baibars y los cristianos intentar resolver sus enconadas disputas. Es probable que el papado lamentara su antigua cerrazón a pactar con los mongoles, y en 1285 procuró establecer nuevos contactos con su gran kan. Pero el imperio mongol ya no tenía el menor interés en el occidente de Asia. El emperador Kubilai estaba asentado en el trono de Pekín y se había convertido en un soberano más próximo a las refinadas costumbres chinas que al espíritu aventurero de los mongoles. Una pequeña porción de tierra en un extremo perdido del mundo carecía de atractivo para “el soberano del cielo”.

Qal'un, sultán de Egipto desde 1279, juró que arrojaría a los cruzados al mar, retomó la ofensiva paralizada tras la muerte de Baibars por la tregua y el 27 de abril de 1290 conquistó Trípoli. Los templarios no podían mantener sus fortalezas y se replegaron a sus posiciones en la costa. Los dominios cristianos en Tierra Santa se habían reducido a tan sólo una estrecha franja costera de apenas veinte kilómetros de ancha entre el litoral sirio y el palestino, interrumpida por varias fortalezas ya en manos de los musulmanes.

El nuevo maestre del Temple, Guillermo de Beaujeu, que en 1273 había sucedido a Tomás Berard, carente de hombres y de recursos, ordenó a sus caballeros que se replegaran a las fortalezas que todavía conservaban en el litoral. La defensa se basaría en mantener la posesión de la ciudad de Acre, protegida por el mar y por un doble recinto de poderosas murallas.

El rey Enrique II, que en 1285 había heredado las coronas de Chipre y de Jerusalén, pidió desesperadamente ayuda al Papa. La alarma fue transmitida a toda la cristiandad, pero sólo respondió el rey de Aragón, que envió a Acre cinco galeras. También llegó a Acre una flota en la que viajaban centenares de fanáticos y aventureros dispuestos a apoderarse de cualquier botín que cayera en sus manos. Hacía tiempo que el espíritu original de las cruzadas se había perdido y estos mercenarios eran hombres de fortuna sin más ambición que robar cuanto les fuera posible.

En cuanto llegaron a Acre en 1290, se desplegaron por sus calles, atiborradas de gente que buscaba allí el último refugio, y se dedicaron a asaltar a los mercaderes musulmanes que, procedentes sobretudo de Damasco, hacían negocio aprovisionando de mercancías a la ciudad. Los templarios tuvieron que actuar como una especie de policía urbana y las autoridades cristianas apenas lograron restablecer la calma, que ese agosto volvió a romperse cuando, tras un banquete, un grupo de esos mercenarios salió a las calles a degollar a cuantos musulmanes encontraron a su paso. Los que consiguieron huir denunciaron ante el sultán Qal'un lo que estaba sucediendo en Acre y éste decidió acabar con tal situación. Envío una embajada a Acre para que le entregaran a los culpables de los asesinatos de los mercaderes musulmanes, pero las

autoridades cristianas se negaron alegando que los musulmanes habían intentado violar a una cristiana, lo que había provocado la venganza de los cristianos.

Qala'un no aceptó la excusa y decidió conquistar Acre. En la mezquita mayor de El Cairo y ante un ejemplar del Corán, el sultán de Egipto juró solemnemente que no dejaría las armas hasta expulsar al último cruzado. Convocó al ejército y escribió una carta al maestro del Temple en la que le decía que Acre debía ser destruida. Los contactos secretos entre los templarios y los musulmanes seguían existiendo y el maestro le pidió al sultán que contemplara la posibilidad de dejar tranquila Acre a cambio de un rescate. Qala'un lo consideró, pero el 4 de noviembre de 1290 ordenó a su ejército que se pusiera en marcha rumbo a Palestina. Tenía setenta años y murió una semana después de iniciada la campaña. Pero su muerte nada cambió; le sucedió su hijo Jalil, quien continuó el plan trazado por su padre.

El maestro del Temple, que sabía cuáles eran las intenciones del sultán, había intentado convencer a los defensores de Acre para llegar a un acuerdo, pero fue tachado de cobarde y de estar más preocupado de sus intereses económicos y de sus negocios con los mercaderes musulmanes que de luchar por la defensa de los Santos Lugares.